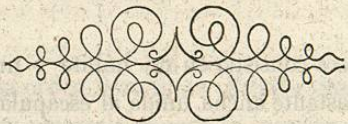


por el gobierno para cuartel de artillería de la Milicia nacional pasando después á ser prision militar.



# SAN CUCUFATE DEL VALLÉS.

(CATALUÑA)

Qué son aquella torre, y aquel templo, y aquellas murallas almenadas con torreones que les flanquean, y aquellos pardos edificios que se agrupan á su lado?... Son el monasterio y el pueblo de San Cucufate del Vallés.

J. MAÑÉ Y FLAQUER.

## I.

### LA MISA DEL GALLO



ONDE deben oirse las tradiciones populares es junto al hogar de la solitaria casa de campo, en una cruda noche de invierno, mientras chisporrotea la leña que se estremece y se raja, mientras juguetonas danzan á lo largo de los consumidos tizones las graciosas salamandras en su traje de azulada llama, mientras silva el cierzo por fuera, mientras rueda la nieve en millares de copos esparcidos por el aire, ó azota la lluvia los rotos cristales de la ovalada ventana.

Felices entonces si hay allí un buen montañés, uno de esos hombres de cana cabellera y de dulce mirada, que referiros quiera ó la mística leyenda

que de su madre aprendió en la infancia, ó la balada guerrera de patrióticos recuerdos que de siglo en siglo van engrosando la rica herencia del pueblo.

Así nos sucedió á nosotros una noche en que, turba alegre de vagabundos camaradas, hubimos de refugiarnos en una aislada casa huyendo la nieve que nos sorprendiera en el monte.

Franca hospitalidad encontramos, mano amable y cariñosa nos acercó los escabeles al fuego para que en ellos nos sentáramos á calentar nuestros trajes, y un anciano de blanca cabellera nos supo tener á todos suspensos y admirados, mientras en su rudo lenguaje y con una frescura de sentimiento é injenuidad de ideas que solo se halla en los montañeses, nos contó la dramática tradición que vamos á tener el gusto de referir á nuestros lectores.

A mediados del siglo XIV habia en el Vallés una familia tan rica, como hubiera sido difícil encontrar otra mas acaudalada en todo el país. Ramon de Saltells era el nombre de su gefe, nombre que brillaba con honor entre los de los mas encopetados barones, porque todos los que hasta entonces le llevaran, habian sabido hacerle respetar en paz y en guerra.

Ramon de Saltells habitaba con su hijo único una señorial morada que, erizada de viejas almenas y antiguos baluartes, se elevan en la parroquia de San Martin de Cerdañola, no lejos del famoso monasterio de San Cucufate.

Bienes inmensos, riquezas casi fabulosas poseia la casa de Saltells, y todo estaba destinado á heredarlo Berenguer de Saltells, jóven de carácter resuelto, de corazon fogoso, de voluntad indomable, nacido para la aventura y para la guerra, para correr mundo, para ir por todas partes osándolo todo, arrojándolo, vencándolo todo.

El buen padre de Berenguer suspiraba cada vez que veia en el jóven aguilucho los brios que le hacian aborrecer el nido donde pasaba monótona existencia.

Y sin embargo, mal hacia en suspirar, porque era Berenguer un buen hijo. Podia su corazon de noble desear la guerra y los laureles del combate, podia su mente juvenil ansiar las aventuras trovadorescas y las titánicas empresas, pero era en él no obstante una especie de culto el respeto á su anciano padre, y nada habia en el mundo capaz de hacerle abandonar la morada de sus mayores mientras bajo su techo habitase aquel á quien debia el ser.

El castillo de Saltells se veia á todas horas lleno de monjes de San Cucufate; á los cuales era adicto y aficionado el padre de Berenguer. Tenia en particular trabada una amistad íntima con el abad que era su confesor y su consejero, que le acompañaba á paseo por las afueras del castillo todas las tardes y que

le entretenia con lecturas religiosas ó místicas historietas todas las noches.

Berenguer, al contrario, veia casi de mal ojo á los monjes y, poco adicto á los habitantes de San Cucufate, acaso se prometia en su interior impedirles para siempre la entrada de su casa cuando un dia se viese señor y dueño de la pingüe hacienda de Saltells.

Cuéntase que un dia sorprendió el jóven á su achacoso padre y al abad hablando casi misteriosamente de las facultades á que podia estenderse un testamento con bienes propios y libres, así como del derecho que podia competirle al favorecido por testamento. Impelido por una especie de voz secreta, terció Berenguer en la conversacion y manifestó que nunca los dominios mediaros debian ser perjudicados por el directo, ni éste por aquellos, citando como ejemplo que una donacion con objeto piadoso no era tal, ni podia ser grata á Dios, si de ello resultaba perjuicio á tercero.

El abad Arnaldo Ramon Biura, á quien se dirigia el jóven al hablar así, mirole de hito en hito antes de contestarle y bajando luego con humildad la cabeza:

— Hijo mio, — le dijo solo, — el que obra con derecho, obra con justicia. Alabado sea Dios!

— Tiene razon el padre abad, — añadió en esto el buen Ramon de Saltells, — el que obra con derecho, obra con justicia. — Alabado sea Dios!

Fijas quedaron en la imaginacion del jóven las espresiones del abad. Sin embargo, no acertó á darlas ningun significado que pudiera hacerle entrar en sospechas.

Pasaron dias y dias, transcurrieron meses.

Una tarde los vecinos del pueblo oyeron la campana del monasterio que tristemente doblaba con el toque de difuntos, y asomándose á sus puertas como para preguntarse unos á otros qué novedad habia ocurrido, vieron flotar una banderola negra en lo alto de la torre del homenaje del castillo de Saltells.

El bondadoso anciano Ramon de Saltells habia dejado de existir.

Al dia siguiente de su muerte, á hora en que el abad y varios monjes del vecino monasterio rodeaban al desconsolado Berenguer profundamente aflijido por tan aciaga pérdida, se presentó el notario de la casa á cumplir con la formalidad de la lectura del testamento que en su poder habia dejado hecho el difunto.

Empezó esta lectura y despues de los párrafos de costumbre, leyó el notario la siguiente cláusula:

« Mando y lego mi casa de Saltells que poseo en franco alodio en la parroquia

de San Martín de Cerdañola y cuantos bienes tengo en San Sicle, Sabadell, San Félix de Raona, Santa María de Barberá y Terrasa con los derechos que percibo y me competen en dichos puntos, al abad del monasterio de San Cucufate á quien instituyo mi heredero universal, seguida mi muerte.»

Mayor asombro no se ha visto jamás que el del joven al oír estas palabras que le negaban todo derecho á los bienes de su padre. Púsose á un tiempo cárdeno y encendido su rostro, y recordando en aquel momento, como si escritas con fuego hubiesen estado hasta entonces en su imaginación, las palabras que un día le dijera en presencia de su padre el abad de San Cucufate, volviöse hácia éste y le dijo con una cólera reconcentrada pero con una espantosa apariencia de sangre fría.

— Padre abad, queréis evitar un crimen?

El abad trató de balbucear algunas palabras.

— Pues idos á vuestro monasterio — prosiguió Berenguer — antes que me ciegue la ira que siento hervir en mi pecho.

De nuevo intentó el abad abrir los labios.

— Idos, salid de mi presencia y de mi casa — exclamó el joven en furioso ímpetu, — apartaos para siempre de estos sitios. Con que yo no soy nada? con qué se ha tratado de desheredarme? con qué la hacienda del padre no es del hijo sino del extraño?... Pues bien, yo haré valer mis derechos y veremos, veremos, padre abad, si es el extraño quien arroja al hijo de la casa de sus padres. Idos ahora, huid de aquí y no olvidéis, vos me lo dijiste un día, que el que obra con derecho, obra con justicia. Alabado sea Dios!

Y el joven Berenguer señaló con el dedo la puerta al abad que cabizbajo se retiró con sus monjes hácia su suntuoso monasterio.

Al día siguiente, en efecto, empezó Berenguer á usar de su derecho alegando también el abad el suyo. Ruidoso fué el pleito, largo tiempo duró, pero por fin llegó el día en que el inapelable fallo de los tribunales dió permiso al abad de San Cucufate para apoderarse de todos los bienes de Saltells, aunque con la condición de hacer efectiva al desheredado hijo la cantidad de cuarenta y siete mil trescientos cuarenta sueldos barceloneses (1).

Terrible fué la desesperación de Berenguer y mas terrible aun cuando vió que el abad, burlando la sentencia del tribunal, dejaba pasar el término prefijado para la paga, y apoyado en su poder y grandeza abandonaba al desgraciado huérfano á la infelicidad y á la amargura.

Furioso entonces Berenguer, ciego, loco, ideó el plan mas terrible y mas

(1) A. de Bofarull, muerte del abad de San Cucufate.

criminal que produjo jamás delirante cerebro de joven desesperado. Pensó que pues los hombres no le hacían justicia, él mismo podría hacérsela, y sonriendo ferozmente á esta idea, abandonó un día la villa de San Cucufate y partió á Sabadell para comunicar su proyecto á algunos amigos que tenía en dicho punto y madurarlos con sus consejos.

Habían llegado en esto las pascuas de Navidad hasta cuya víspera había prometido Berenguer aguardar la paga, haciendo decir al abad que como en tal día no la hubiese recibido, juraba solemnemente que se valdría del derecho que su mismo derecho le daba.

El abad se hizo el sordo y he aquí lo que sucedió.

Al toque de la primera misa, la misa llamada del gallo, viéronse poblados de gente los campos vecinos á San Cucufate que de todos los pueblos de las cercanías acudían á cumplir con la tradicional costumbre que les llamaba al monasterio para asistir á la misa del gallo.

Aun no había amanecido, pero, no obstante, ancianos, jóvenes, mugeres y niños, todos guiados por la luz de los farolillos ó de las antorchas se dirigían presurosos á San Cucufate que confusamente mostraba entre las sombras su almenada mole.

Abierto el templo, la multitud se precipitó en él, no sin aquella confusión natural en gentío tan inmenso, y muchos habían ya empezado sus rezos cuando aun se oían á lo lejos las comitivas que se acercaban por el valle entonando en coro los villancicos del nacimiento de Jesús.

Llegó la hora en que la música sagrada empezó á arrojar torrentes de místicas notas que, resonantes bajo las bóvedas, parecían saludar al día que empezaba á dibujarse en los pintados cristales de las ojivas; la comunidad tomó asiento en el coro, presidida por el abad, disponiéndose á entonar el cántico mas alegre de cuantos tiene la Iglesia; la multitud cayó de rodillas, y por un momento, en los intervalos que dejaba vacíos la música, no se oyó otra cosa que ese indefinible murmullo que ante los altares despiden á un tiempo centenares de labios, y que no es otra cosa que el aleteo de la oración rasgando el aire para subirse al cielo.

Comenzaron los maitines á grandes voces y contribuía á la gravedad del cántico la voz del abad que, puesta la mitra y empuñando el báculo, se esforzaba mas que todos al dirigir sus alabanzas al Señor.

Cuando mayor que nunca era el fervoroso recojimiento de los concurrentes, cuando mas sonoras y robustas que nunca eran las voces que se elevaban al cielo, he aquí que se vió atravesar por entre todos á un joven de amenaza-

dor semblante , seguido de varios otros que atropelladamente pasaban por en medio los circunstantes. Llegó aquella turba hasta el coro , y adelantándose el que parecia su gefe , se plantó resueltamente ante el abad cuya voz se le heló en los labios al conocer al recién llegado y al oírle sobre todo pronunciar con sordo acento :

— Quien obra con derecho, obra con justicia, señor abad. Alabado sea Dios ! Yo soy Berenguer de Saltells , hijo del noble Ramon de Saltells que en perjuicio mio os instituyó heredero.

Y dicho esto , desenvainó un puñal y lo hundió en el pecho del abad dejándole exámine en su silla abacial y á los ojos de la aturdida concurrencia.

En seguida , protegido de sus amigos que se agruparon á su lado , el sacrilego Berenguer salió del templo y desapareció antes que muchos pudieran volver en sí del pasmo y la sorpresa.

Jamás volvióse á saber de él.

La muerte del abad de San Cucufate causó gran sensacion en toda la comarca. El fisco se apoderó de todos los bienes de Berenguer y la casa de Saltells fué mandada destruir hasta sus cimientos quedando el solar para el monasterio , y despues de varias transacciones y convenios por los cuales los abades renunciaron parte de lo que les pertenecia , el rey acabó por dárselo á un llamado Juan de Guerra , cocinero suyo , por lo bien que le habia servido.

Tal fué la tradicion que nos contó el anciano de cabellos blancos junto al hogar de la casa perdida en la montaña , y de tal modo nos impresionó á todos los que la oímos , que determinamos partir al apuntar el alba para visitar el monasterio de San Cucufate del Vallés.

Fuimos en efecto y con esta ocasion hicimos algunos apuntes que nos servirán ahora para dar á conocer á nuestros lectores el famoso monasterio , cuyos santos recuerdos y remotísima antigüedad le recomiendan al historiador y al viajero.

## II.

### EL CASTILLO DE OCTAVIANO.

EMPEZAREMOS nuestra historia por una leyenda piadosa é injenua si las hay , una leyenda hija de aquellos buenos tiempos antiguos que campo tan vasto ofrecen á la meditacion del filósofo , que tan bello panorama despliegan á los ojos del poeta y que tan rico dechado de creencias han legado para ejemplo á las almas religiosas.

Acababa Eurico el godo de asesinar á su hermano Teodorico y de subir pisando sangre las gradas de su trono.

En seguida empuñando su espada como una maza y valiéndose de ella como de un látigo , empezó á mover guerra á los romanos , lejonos enteras de los cuales hizo marchar desbandadas ante sí cual si fuesen tropas de inocentes rebaños.

Despues de señaladas viétorias y de haberse hecho casi suyas España y Francia , no le quedaban mas que Tarragona y su provincia que no doblegasen aun el cuello á su ley.

Así pues , vino con su ejército y sentó sus reales ante las puertas de la ciudad de los Scipiones.

Largo fué el sitio , pero Tarragona cayó , y al caer vencida , saqueada , deruida , hundió entre sus escombros los últimos restos del poder de Roma.

Los romanos acabaron con la pérdida de esta ciudad su largo señorío en España.

Cuando Eurico hubo concluido con los hijos de los Césares, no sintiéndose aun sacio de sangre, destrucción y muerte, volvió á todas partes sus torvas miradas y vió en pié á los católicos que iban por la tierra predicando la doctrina del Salvador de los hombres. Ciego furor pareció entonces sobrecojerle y dióse á perseguir á los católicos acaso con mas ardor del que habia tenido persiguiendo á los romanos.

Proscritos se vieron de sus iglesias muchos obispos y prelados, no pocos religiosos perdieron la vida en defensa de la fé, yermos quedaron los santuarios, abandonados los templos, muchos de los que sirvieron de corrales para encerrar los rebaños.

Era por los años 480.

Barcelona tenia entonces por obispo á Severo, digno y piadoso varon cuyo nombre debia quedar como una de las mayores glorias de la Iglesia catalana.

Eurico envió á este obispo un embajador con orden de que le obligase á seguir la doctrina de Juan Arrio, que el mismo embajador nombrado Graciano, profesaba, añadiendo que podia hacerle matar en caso de no acatar sus disposiciones.

Severo se mantuvo invencible y firme. Adleta de la fé católica, despreció las advertencias y amonestaciones de Eurico, desafió la cólera de Graciano.

Este le amenazó con bárbaras torturas, con crueles martirios, y entonces Severo, acordándose que Dios habia dicho á sus discípulos que si los perseguian en una ciudad, huyesen á otra, dispúsose á partir para el castillo de Octaviano que estaba en su misma diócesis. Desde allí pensó que apartaria el peligro y podria continuar vigilando sus ovejas.

El castillo de Octaviano — *Castrum Octaviani* — era una fortaleza que aquel César habia edificado precisamente donde despues vió elevarse sus muros el monasterio.

Partióse el obispo de Barcelona acompañado de cuatro sacerdotes que quisieron partir su buena ó mala suerte, se entró por los inmensos y vírgenes bosques del valle de Hebron, atravesó la montaña llamada entonces del Coll Serola, y bajando desde allí al Vallés, se encontró á un labrador que estaba sembrando habas en un campo, cerca de la casita en que habitaba.

Tenia este labrador por nombre Ermiterio.

Detúvose Severo á hablar con él, contóle la causa de su fuga de la ciudad, díjole como le seguian los soldados de Graciano, y rogóle que si pasaban por allí y le preguntaban por él, les contestase que habia pasado cuando sembraba aquellas habas.

Y el obispo, que mas tarde debia la Iglesia venerar por santo, prosiguió su camino hácia el castillo.

Poco despues de haberse despedido Severo de Ermiterio, sintióse atormentado por la sed, y no hallando agua limpia por el camino, dió un golpe en la piedra viva con el extremo de un bordon que llevaba. Rajose la peña, herida por el cayado del nuevo Moisés, y un caño de agua pura, dulce, cristalina, empezó á brotar entonces en aquel sitio para no extinguirse ya mas.

Luego de haber pasado Severo, llegaron á aquellos sitios los soldados que en su seguimiento iban.

Preguntaron á Ermiterio si habia visto pasar á Severo, y Ermiterio respondió que le viera en efecto cuando sembrando estaba aquellas habas.

En el instante mismo que esto decia, las habas que pocas horas antes se habian sembrado, se vieron nacidas, crecidas, florecidas y granadas, no obstante ser el mes de octubre.

Los soldados entonces se apoderaron del labrador y atándole le obligaron con golpes y amenazas á que le mostrase el camino por donde se habia dirigido Severo.

Siguieron andando y llegaron á la puerta del castillo de Octaviano.

Severo se hallaba en el umbral.

— Yo soy Severo, — les dijo; — á mí es á quien buscais.

Inmediatamente se arrojaron sobre él los soldados y atáronle cruelmente lo propio que á sus cuatro compañeros.

Para hacerle ceder en sus creencias, empezaron por martirizar á sus ojos á Ermiterio, el cual sufrió con resignacion todos los tormentos, pero furiosos los soldados al ver la inflexibilidad del labrador y la constancia del santo obispo en animarle al martirio, acabaron por degollar á Ermiterio.

Despues de esto, asesinaron sin piedad á los cuatro sacerdotes. Tocóle por fin el turno á Severo; claváronle gruesos y agudos clavos en la cabeza, hasta que le llegaron á los sesos, y luego le clavaron otros ocho clavos mas pequeños, de modo que dejaron su cabeza coronada de hierro.

Tuvo lugar el martirio y muerte de San Severo el 6 de Noviembre de 480.